

## ¿ALFARO VIVE?

Una lectura de *Crónicas del Breve Reino*, de Santiago Páez

Carolina Sitnisky

En enero del año pasado salió a circulación la que quizás sea la novela más importante del escritor y antropólogo ecuatoriano, Santiago Páez (Quito, 1958), *Crónicas del breve reino* (Quito, Paradiso, 2006). De producción prolífica, Páez ha publicado el libro de cuentos *Profundo en la galaxia* (1994), por el que obtuvo el premio Joaquín Gallegos Lara del Municipio de Quito; así como las novelas *La reina mora* (1997), *Los archivos de Hilarión* (1998), *Shamanes y reyes* (1999) y *Condena madre* (2000). Recientemente, como finalista del concurso Aurelio Espinosa Pólit, fue publicada su última novela, *Pirata viejo* (2007). También este año salió a circulación su novela infantil, *El complot de las mamás*.

Páez es reconocido como uno de los pocos autores ecuatorianos que ha cultivado el género de la novela policial, así como el de ciencia ficción. *Crónicas del breve reino* está formada por cuatro novelas cortas sucesivas (“Rolando”, “Aquilino”, “Adolfo” y “Uriel”) que pueden leerse de manera autónoma o como parte de un solo texto. En un intento de crear una “novela total”, Páez propone contar la historia de un país imaginario creado por el escritor Jan Vrhel, el Ecuador, a lo largo de 130 años, desde 1910 hasta 2040. El autor propone un género literario y un tipo de narrador particular para cada una de las cuatro novelas, completando así la idea de *novela total*, donde la integración de diversos géneros novelísticos se suma a reflexiones de tipo ensayístico. La obra narra el desmembramiento y la decadencia de un reino (del Ecuador) así como de un modelo, el de la formación del Estado-Nación ecuatoriano, bajo los ideales preconizados por la Revolución Liberal de 1895. A lo largo de la tetralogía, los distintos narradores se preguntan cómo se hubiera desarrollado el Ecuador si el General Eloy Alfaro —quien presidió el Ecuador como jefe de gobierno de 1895 a 1901 y de 1906 a 1911— no hubiese sido asesinado en 1912. A partir de la ficción, Páez recrea las circunstancias que alrededor de la polémica figura de Alfaro opusieron a liberales (en la costa) y conservadores (en la sierra).

El deterioro del proyecto de modernización y crecimiento del Ecuador puede leerse en la temática de cada una de las



cuatro novelas. “Rolando” es una novela histórica contada por un narrador omnisciente, cuya perspectiva es central. En ella, es narrado el complot de un liberal anti-alfarista para eliminar al “Viejo Luchador” del mapa político y dejar el camino abierto al General Leonidas Plaza Gutiérrez. Rolando, un profesor y crítico de arte disfrazado de ciego lazarillo, complota en conjunto con Eloise Godín, regenta de un burdel, para engañar al pueblo y clérigo de Quito con cuentos sobre Alfaro e instigarlos contra él hasta llevarlos al penal en donde en 1912 lo matarían.

“Aquilino”, nombre de la segunda novela, es el hijo ilegítimo de la esposa del portero del penal y su amante, el barbero Aguilar. La historia, siguiendo el estilo del género policial, comienza en 1957; Aquilino es un ex capitán del Ejército Ecuatoriano que participó en la guerra fronteriza contra el Perú en 1941 y luego se sumó a la policía. Aquilino encabeza una expedición por las selvas de Esmeraldas, provincia al norte del país, para fundar las bases de la nueva capital del Ecuador, un desarrollo urbano llamado “Toledo de los Guarumales”, pensado como un paralelo al establecimiento de Brasilia, la nueva capital de Brasil creada por el presidente Kubitschek para acelerar el crecimiento industrial. El proyecto de fundar una nueva capital ecuatoriana quizá hubiera promovido el desarrollo económico del país, agregando un nuevo puerto para expandir las exportaciones producto del auge del mercado del momento: el banano y el cacao. Sin embargo, como muestra la novela, se trató de un proyecto frustrado en el que los intereses personales pudieron más que los colectivos. En esta historia, en que el ideal del Estado-Nación comienza a decaer, el narrador es “equisciente”. La historia se cuenta desde la perspectiva de Aquilino, que sólo conoce los hechos desde su punto de vista.

“Adolfo” es la tercera de las novelas de *Crónicas*, narrada en el estilo de las novelas de aventuras y enmarcada en 1998. Como la decadencia del proyecto del Estado-Nación ecuatoriano está presente, Adolfo es un narrador “deficiente”, es decir, no conoce toda la historia y sus puntos de vista. Él es uno de los personajes secundarios que acompaña a un grupo de expedicionarios al Desierto

de Palmira (provincia Chimborazo) con la promesa de encontrar uno de los míticos legados de Eloy Alfaro, minas de oro que “podrían pagar toda la deuda externa del Ecuador” (253). La expedición, que se extiende por un año, termina con el nacimiento de Uriel (con profético nombre de arcángel), que podría ser hijo de Adolfo y con éste enloquecido. La madre lleva al niño a vivir a Estados Unidos, para que desde allí lo domine todo. Por medio de esta escena el lector podrá recordar cómo en 1999 el presidente ecuatoriano Jamil Mahuad estaba considerando la dolarización del Sucre, la moneda nacional, decisión que efectivizó al año siguiente.

“Uriel” es la última de las novelas. Situada en el año 2040 pertenece al género de ciencia ficción. El país vive en la anarquía y la ciudad de Quito ha quedado en ruinas después de la caída del “reino”. Consecuente con la historia, para representar perspectivas fragmentadas en sintonía con el país ya del todo desmembrado, Páez escoge a los tres protagonistas de la historia como narradores (Uriel Buitrón, Ferrán Puigvalls y Ainoa Arvizú). El motor de la acción parte de la Estación Espacial desde donde funciona el Alto Comando de Seguridad (una especie de panóptico, como diría el pensador Foucault o también un “Big Brother”), que pide a un grupo de mercenarios detener a un científico (norteamericano) loco que abusa de niños y los obliga a construir una máquina del tiempo. El Comando desea volver a 1911 y detener al responsable de la muerte de Alfaro: “Según nuestros ordenadores, si usted evita que ese sujeto actúe (...) los ánimos del populacho se aplacarán y no se linchará al líder de esa revolución, a un tal Eloy Alfaro; y la historia del Ecuador cambiará por completo.” (377). Sin embargo, los tres jóvenes protagonistas destruyen la máquina y optan, en lugar de volver el tiempo atrás, por comenzar una nueva vida en la Amazonía y formar allí una nueva comunidad, Archidona de los Quijos. Este nombre, inventado por Páez en la unión de los dos cantones de la provincia Napo, Archidona y Quijos, es llamativo también porque en la época de la colonia la región al este de Quito era conocida como “Gobernación de Quijos”.

Esta conexión entre una nueva fundación para el Ecuador con la época colonial es también evidente desde el título de la novela. El “breve reino” recuerda al lector la *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*, en la que el jesuita Juan de Velasco (1727-1792) describe —según historiadores de manera fantástica— al reino formado por el auto-nombramiento de Atahualpa como Rey de Quito entre 1525 y 1533, creando una organización proto-estatal. Esta interpretación permite al lector crear un linaje que une tres importantes momentos en la historia del Ecuador: la fundación del primer reino por Atahualpa, la de un segundo “reino”, el Estado-Nación moderno promovido por Eloy Alfaro; y un tercero,

## A lo largo de la tetralogía, los distintos narradores se preguntan cómo se hubiera desarrollado el Ecuador si el General Eloy Alfaro no hubiese sido asesinado en 1912

en el que la juventud sería responsable por la fundación de una nueva comunidad.

Desde el punto de vista estructural, siguiendo el ejemplo de una de las novelas totales hispanas más significativas, *El Quijote de la Mancha*, Páez organiza al texto en base a un patrón de cajas chinas por el cual múltiples interpretaciones son posibles. Por un lado, Páez incorpora al texto referencias directas al pasado histórico ecuatoriano, en la figura de Alfaro, Juana Terrazas (amante de Abelardo Moncayo), el Gran Hotel de Riobamba, Eastman Cox (embajador chileno) y el periodista Manuel J. Calle. Por otra parte, cada una de las cuatro historias se genera en la novela anterior, teniendo la tetralogía varios elementos unificadores: personajes secundarios que pasan de una novela a otra, espacios recordados, objetos mágicos y el personaje de Cosmo, un Luzbel representado en un bello adolescente que recorre las cuatro novelas provocando eróticamente a los otros personajes. Finalmente, la “gran caja china” que envuelve a las *Crónicas*, remeda, a la manera de Cide Hamete Benengeli en *El Quijote*, el juego por la autoría del texto. Las primeras páginas de *Crónicas*, “Liminar”, cuentan cómo Camilo Deor y Villegas, un comunista que luchó clandestinamente por una América Latina pro-castrista, en su lecho de muerte pide a su amigo Alfonso Solá y Blat que escriba la novela del “Breve Reino”, historia del Ecuador imaginario, siguiendo sus cuadernos de apuntes. De la misma manera en que Alcalá de Henares fue cuna de Cervantes, en *Crónicas* sirve como lugar de inspiración desde donde Solá y Blat escribe entre 1987 y 1990 las cuatro novelas, intercalando opiniones sobre su vida y la de Camilo.

Si la *Historia del Reino de Quito* sirvió para intentar darle una identidad al recién formado Estado ecuatoriano (1830), al recrear la historia de Alfaro e imaginarla en el presente y proyectarla al futuro, Páez propone, a partir de un homenaje a la literatura de Miguel de Cervantes, resucitar desde la ficción al debate liberal para analizar la situación venidera del Estado ecuatoriano. ■

**Carolina Sitnisky.** Argentina, licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Cursó la Maestría en Literaturas y Lenguas Hispánicas en UCLA (University of California, Los Angeles). Es candidata a Doctora en Filosofía y actualmente escribe su tesis de doctorado sobre literatura y cine andinos contemporáneos. Ha impartido clases de Semiología y Teoría Literaria en la UBA y varios cursos de literatura latinoamericana en UCLA.